

VII

Ocho días más tarde, creyó Florencio que por fin iba a poder pasar a la acción. Se presentaba una ocasión de descontento suficiente para lanzar sobre París las partidas insurreccionales. El Cuerpo legislativo, a quien había dividido una ley de dotación, discutía por entonces un proyecto de impuesto muy impopular, que hacía retumbar los arrabales. El ministerio, temiendo un fracaso, luchaba con todo su poder. Quizá en mucho tiempo no volvería a ofrecerse un pretexto mejor.

Una mañana, al romper el día, fué a vagar Florencio por los alrededores del palacio de Borbón. Allí olvidó su trabajo de inspector, y estuvo examinando los lugares hasta las ocho, sin pensar siquiera en que su ausencia había de revolucionar el pabellón del pescado. Visitó todas las calles adyacentes, la de Lille, la de la Universidad, la de Borgoña, la de Santo Domingo; llegó hasta la explanada de los Inválidos, deteniéndose en algunas encrucijadas y midiendo las distancias a grandes pasos. Luego, de regreso en el muelle de Orsay, sentado sobre el parapeto, decidió que el ataque se diera por todas partes a la vez; las bandas del Gros-Caillou llegarían por el campo de Marte; las secciones del Norte de París bajarían por la Magdalena; las del Oeste y Sur seguirían los muelles, o se meterían en pequeños grupos, en las calles del arrabal de San

Germán. Pero, en la otra margen, los Campos Eliseos le inquietaban, con sus descubiertas avenidas; preveía que pondrían allí cañones para barrer los muelles. Entonces modificó varios detalles del plan, marcando el puesto de combate de las secciones en un cuaderno que en la mano tenía. El verdadero ataque sería decididamente por la calle de Borgoña y por la calle de la Universidad, en tanto que se hiciera un simulacro por el lado del Sena. El sol de las ocho que le caldeaba la nuca, adquiriría rubias alegrías sobre las amplias aceras y doraba las columnas del gran monumento que tenía enfrente. Y Florencio veía ya la batalla, racimos de hombres colgados de aquellas columnas, las rejas destrozadas, invadido el peristilo, y después, arriba de todo, y bruscamente, unos brazos delgados que plantaban una bandera.

Regresó lentamente, con la cabeza baja. Una especie de arrullo se la hizo levantar. Entonces se percató de que atravesaba el jardín de las Tullerías. En uno de los arriates se veía una bandada de palomas torcaces, que andaban balanceando el cuello. Florencio se apoyó un momento en la caja que protegía el tronco de un naranjo, mirando la hierba y las palomas, bañadas por el sol. En frente, la sombra de los castaños era negrísima. Caía un silencio cálido, cortado por continuo rumor de ruedas allá a lo lejos, detrás de la verja de la calle de Rívoli. El olor de las verduras enterneció mucho a Florencio, haciéndole pensar en madame François. Una niña que pasó corriendo detrás de un aro, asusto a las palomas. Estas emprendieron el vuelo y fueron a posarse en hilera sobre el brazo de mármol de un luchador antiguo, en medio del arriate, arrullándose e hinchando el cuello de un modo más dulce.

Cuando entraba Florencio en los Mercados por la calle de Vanvilliers, oyó la voz de Claudio Lantier que le llamaba. El pintor bajaba al sótano del pabellón de la Vallée.

—¡Eh! ¡Venga usted conmigo!—gritó Claudio.—Estoy buscando a ese bestia de Marjolin.

Florencio le siguió, para distraerse un instante más, para retrasarse unos minutos antes de volver a la pescadería. Claudio decía que ya su amigo Marjolin no tenía nada que desear; era un animal. Alimentaba Claudio el proyecto de hacerle servir de modelo andando en cuatro pies, con su risa de inocente. Cuando había destrozado un boceto de rabia, pasaba horas y horas en compañía del idiota, sin hablar y tratando de tener su misma risa.

—Debe de estar cebando las aves—dijo entre dientes.—Sólo que yo no sé dónde tiene el depósito el señor Gavard.

Recorrieron todo el sótano. En el centro, en la sombra pálida, manan dos fuentes. Los depósitos están reservados exclusivamente a los pichones. A lo largo de los enrejados, se oye un eterno piar quejumbroso, un canto discreto de pájaros sobre las hojas cuando cae el día. Claudio se echó a reír al oír aquella música. Y dijo a su compañero:

—¿No juraría uno que todos los amantes de París se están besando ahí dentro?

Sin embargo, como no veían abierto ningún depósito, comenzaban a creer que Marjolin no estaba en el sótano, cuando un ruido de besos, pero de besos sonoros, les detuvo de pronto delante de una puerta entornada. Abrióla Claudio, y vió a aquel animal de Marjolin, a quien Cadina había hecho arrodillar en el suelo, sobre la paja, de manera que el rostro del muchacho llegara precisamente a la altura de sus labios. Y

le estaba besando tiernamente, en todas partes. Separaba sus largos cabellos rubios, y le besaba detrás de las orejas, debajo de la barba, en el cogote; volvía a los ojos y a la boca, sin apresurarse, comiéndose aquella cara a pequeñas caricias, lo mismo que si fuese una cosa buena suya, de la cual dispusiera a todo su placer. El muchacho, complaciente permanecía tal como Cadina le había puesto. No sabía más. Ofrecía la carne, sin temer siquiera a las cosquillas.

—¡Bueno, hombre, bueno! ¡Eso es!—dijo Claudio.—¡No os incomodéis!... ¿No te da vergüenza, grandísima zarrapastrosa, el atormentarle ahí en esa suciedad? Tiene las rodillas llenas de basura.

—¡Toma!—repuso Cadina con todo descaro.—Esto no le atormenta. Le gusta mucho que le den besos, porque tiene miedo, ahora, en los sitios en que no hay claridad. ¿No es verdad que tienes miedo?

Le había levantado; Marjolin se pasaba las manos por la cara, como si pareciera buscar los besos que la pequeña acababa de depositar en ella. Balbuceó que tenía miedo, en tanto que Cadina repetía:

—Además, he venido a ayudarle; estábamos dando de comer a los palomos.

Florencio miraba a los pobres animalillos. En unas tablas, en torno del depósito, había colocados unos cajones a modo de haúles sin tapadera, en los cuales los palomos, apretados unos contra otros, con las patas envaradas, ponían la mezcla blanca y negra de su plumaje. A intervalos, corría un estremecimiento sobre aquel lienzo movable; después, los cuerpos se amontonaban, y no se oía más que un arrullo confuso. Cadina tenía cerca de sí una cacerola, llena de agua y de granos; se llenaba la boca, tomaba los

pichones uno por uno y les soplabá una porción en el pico. Y ellos luchaban por desasirse, ahogándose, volviendo a caer en el fondo de los cajones, con el ojo blanco, embriagados con aquel alimento tragado por fuerza.

—¡Pobres inocentes!—dijo entre dientes Claudio.

—¡Peor para ellos!—dijo Cadina, que había terminado. — Cuando se les ha cebado así son mejores... Mire usted, a esos de ahí, les harán tragar dentro de dos horas agua salada. Esto les pone la carne blanca y delicada... Dos horas después se les sangra... Pero si quieren ustedes verlos sangrar, los hay ya preparados, y Marjolin va a tomarla con ellos.

Marjolin se llevaba medio centenar de palomos en uno de aquellos cajones. Claudio y Florencio le siguieron. El idiota se sentó cerca de una de las fuentes, en el suelo, poniendo el cajón a su lado y colocando sobre una especie de caja de zinc un cuadrado de madera atravesado por pequeños agujeros. Después, comenzó a sangrar. Rápidamente, jugando el cuchillo entre los dedos, cogía los pichones por las alas, les daba en la cabeza, con el mango, un golpe que los aturdió, y les metía la punta en la garganta. Los pichones tenían un corto estremecimiento, con las plumas arrugadas, en tanto que Marjolin los colocaba en hilera, con la cabeza entre los agujeros del cuadrado de madera, encima de la caja de zinc, en la cual caía la sangre gota a gota. Y esto con movimientos regulares, con el tic-tac del mango sobre los cráneos que se rompían, y con el ademán balanceado de la mano que tomaba por un lado los animales vivos y por otro los acostaba muertos. Poco a poco, no obstante, Marjolin iba más de prisa, alegrándose de aquella matanza, con los ojos relucientes, agachado

como un enorme dogo. Acabó por romper en carcajadas, por cantar: "Tic-tac, tic-tac, tic-tac", acompañando la cadencia del cuchillo, con un chasquido de lengua, y haciendo un ruido de molino que aplasta cabezas. Los pichones colgaban como lienzos de seda.

—¡Eh! ¿Eso te divierte, animalucho?—dijo Cadina, que se reía también.—Están graciosos los palomos cuando se meten la cabeza entre los hombros, así, para que no les encuentren el cuello... Oh, no son buenos esos animales; si pudieran picarían.

Y riéndose más fuerte de la prisa cada vez más febril de Marjolin, añadió:

—He probado a hacerlo, pero no voy tan de prisa como él... Un día sangró cien en diez minutos.

El cuadrado de madera se llenaba; oíanse las gotas de sangre al caer en la caja. Entonces Claudio, volviéndose, vió a Florencio tan pálido, que se apresuró a llevárselo. En lo alto, le hizo sentar en un peldaño de la escalera.

—Bueno, ¿qué le pasa?—le dijo dándole golpecitos en la mano.—Se desmaya usted lo mismo que una señorita.

—Es el olor del sótano—dijo Florencio un tanto avergonzado.

Aquellos pichones, a los que se hacía tragar granos de agua salada, a quienes se degollaba, le habían recordado las palomas torcaces de las Tullerías, andando con sus trajes de tornasolado raso sobre la hierba amarilla por el sol. Veíalas arrullándose sobre el brazo de mármol del luchador antiguo; en medio del gran silencio del jardín, bajo la negra sombra de los castaños, las niñas juegan al aro. Y al recordarlo fué cuando aquel idiota rubio que hacía la matanza, pegando con el mango y agujereando por la punta, en

el fondo de aquel sótano nauseabundo, le había dado frío en los huesos; se había sentido caer, con las piernas débiles, latiéndole los párpados.

—¡Demonios!— dijo Claudio cuando le vió repuesto.— No haría usted un buen soldado... ¡Ah! Los que le enviaron a usted a Cayena eran unos majaderos, por haberle tenido miedo a usted. Amigo mío, si alguna vez se mete usted en una tremolina, no se atreverá usted a disparar un solo tiro. Tendrá usted miedo de matar a alguien.

Florencio se levantó sin responder. Se había puesto muy sombrío, con arrugas de desesperación que le cruzaban el rostro. Se fué, dejando a Claudio que volviera a bajar a los sótanos; y al dirigirse a la pescadería, pensaba de nuevo en el plan de ataque, en las partidas armadas que invadirían el Palacio de Borbón. En los Campos Eliseos el cañón retumbaría; las verjas quedarían destrozadas; habría sangre en los escalones, fragmentos de cerebros estrellados contra las columnas. Fué una rápida visión de batalla. Florencio, en medio, muy pálido, no podía mirar y se tapaba el rostro con las manos.

Cuando atravesaba la calle del Puente Nuevo, creyó divisar, en la esquina del pabellón de las frutas, el lívido rostro de Augusto que estiraba el cuello. Debía de estar acechando a alguien, con los ojos desorbitados por una emoción extraordinaria de imbécil. De pronto, desapareció bruscamente, y volvió corriendo a la salchichería.

—¿Qué le pasará?— pensó Florencio.—¿Le daré miedo?

En aquella mañana, habían ocurrido graves acontecimientos en casa de los Quénu-Gradelle. Al romper el día, Augusto corrió asustadísimo a despertar a la dueña, diciéndole que la policía iba a prender al señor Florencio. Después, bal-

buceando más, le contó confusamente que el joven había salido, que debía de haber huido. La bella Lisa, en chambra, sin corsé, riéndose del mundo, subió rápidamente a la habitación de su cuñado, en donde cogió la fotografía de la Normanda, después de haber mirado si algo les comprometía. Bajaba de nuevo, cuando encontró a los agentes de policía en el segundo piso. El comisario la rogó que les acompañara. Habló con ella un instante en voz baja, instalándose con sus hombres en la estancia, y recomendándole que abriese la tienda como de costumbre, de manera que no se alarmase nadie. Estaba preparada una ratonera.

El único cuidado de la bella Lisa, en aquella aventura, era el golpe que iba a recibir el pobre Quénu. Temía, además, que todo lo estropeará con sus lágrimas, si se enteraba de que la policía estaba allí. De manera que exigió a Augusto el juramento más absoluto de silencio. Volvió a su cuarto a ponerse el corsé, y contó una excusa al dormido Quénu. Media hora más tarde, estaba en el dintel de la salchichería, peinada, compuesta, con el semblante rosado. Augusto arreglaba tranquilamente el escaparate. Quénu se presentó un instante en la acera, bostezando ligeramente y acabando de despertarse con el aire fresco de la mañana. Nada indicaba el drama cuyo nudo se estaba representando arriba.

Pero el mismo comisario fué el que dió la voz de alarma en el barrio, al ir a hacer una visita domiciliaria a casa de las Méhudin, en la calle Pirouette. Tenía las notas más exactas posibles. En las cartas anónimas recibidas en la prefectura, se afirmaba que Florencio dormía muy frecuentemente con la bella Normanda. Tal vez se había refugiado allí. El comisario, acompañado de dos hombres fué a aporrear la puerta, en

nombre de la ley. Las Méhudin acababan de levantarse. La vieja abrió, furiosa, pero se calmó súbitamente, riéndose, en cuanto supo de que se trataba. Se había sentado, ajustándose los vestidos y diciendo a aquellos señores:

—Nosotras somos personas honradas; no tenemos nada que temer; pueden ustedes buscar.

Como la Normanda no abría bastante de prisa la puerta de su alcoba, el comisario la hizo echar abajo. Se estaba vistiendo, con el seno al aire, mostrando sus soberbios hombros. Aquella entrada brutal, que no se esperaba, la exasperó; soltó una falda que tenía sujeta con los dientes, y quiso lanzarse sobre los hombres, en camisa, más colorada de cólera que de vergüenza. El comisario, frente a aquella gran mujer desnuda, se adelantó, protegiendo a sus hombres y repitiendo con su voz fría:

—¡En nombre de la ley! ¡En nombre de la ley!

Entonces la Normanda cayó en un sillón, sollozando, asaltada por un ataque, por sentirse demasiado débil, por no comprender lo que querían de ella. Sus cabellos se habían soltado, la camisa no le llegaba a las rodillas, y los agentes miraban de soslayo para verla. El comisario de policía le echó encima un chal que encontró colgado de la pared. La Normanda no se envolvió siquiera con él; lloraba más fuerte, al ver que los hombres removían brutalmente su cama, palpaban las almohadas, levantaban las sábanas.

—Pero, ¿qué he hecho yo?—acabó por tartamudear.—¿Qué buscan ustedes en mi cama?

El comisario pronunció el nombre de Florencio; y como la vieja Méhudin se había quedado en pie en el dintel de la puerta:

—¡Ah, maldita! ¡Es ella!—exclamó la joven queriendo arrojarle sobre su madre.

Le hubiera pegado. La contuvieron, y la envolvieron en el chal a viva fuerza. Luchaba por desasirse, y decía con ahogada voz:

—Pero, ¿por quién me toman?... Ese Florencio no ha entrado nunca aquí, ¿oyen ustedes? No ha habido nada entre nosotros. Se procura hacerme daño en el barrio, pero que vengan a decirme algo cara a cara y verán ustedes... Después me prenderán, pero no me importa... ¡Ah, bueno! ¡Florencio!... Tengo algo mejor que él. Puedo casarme con quien quiera; y haré reventar de rabia a las que envían a ustedes.

Este flujo de palabras la calmaba. Su furor se volvía contra Florencio, que era la causa de todo. Se dirigió después al comisario, justificándose:

—Yo no lo sabía, señor. Parecía muy bueno, y nos ha engañado. Yo no quise escuchar lo que me decían, porque como la gente es tan mala... El venía a dar lecciones al niño, y después se iba. Yo le alimentaba y a veces le regalaba un pescado bueno... Eso ha sido todo... ¡Ah, no! No volveré a ser tan buena, se lo aseguro a ustedes.

—Pero—dijo el comisario,—él ha debido de dar a usted papeles para que se los guardase.

—No; le juro a usted que no... A mí no me importaría, le entregaría a usted todos los papeles... Ya basta, sí. No me divierte el verles a ustedes revolviéndolo todo... ¡Oh! Es inútil por completo.

Los agentes, que habían examinado cada uno de los muebles, quisieron entonces penetrar en el cuartito en que dormía Muche. Desde hacía un instante, se oía al niño, que, despierto por el ruido, lloraba amargamente, creyendo sin duda que iban a entrar a degollarle.

—Es la alcoba de mi hijo—dijo la Normanda abriendo la puerta.

Muche, completamente desnudo, corrió a colgarse del cuello de su madre. Esta le consoló, le acostó en su propia cama. Los agentes salieron casi en seguida del cuartito, y el comisario ya se decidía a retirarse, cuando el niño, aún desconsolado, murmuró al oído de su madre:

—Van a coger mis cuadernos... No les des mis cuadernos...

—¡Ah! ¡Es verdad!— exclamó Normanda.— Están los cuadernos... Esperen ustedes, señores, que voy a entregarles eso... Quiero hacerles ver que me tienen sin cuidado... Miren, en ellos verán ustedes letra suya. Por mí, ya pueden ahorcarle, que no será yo la que le vaya a descolgar.

Entregó los cuadernos de Muche y los modelos de escritura. Pero el pequeño furioso, se levantó de nuevo, mordiendo y arañando a su madre, que le hizo volver a acostarse de un pescozón.

Entonces, el chiquillo se puso a chillar. En el dintel de la habitación, en medio del estrépito, mademoiselle Saget alargaba el cuello; había entrado al encontrar todas las puertas abiertas, y ofrecía sus servicios a la tía Méhudin. Miraba, oía, compadeciendo mucho a aquellas pobres señoras, que no tenían a nadie que las defendiese. Entretanto, el comisario leía los modelos de escritura con aspecto serio. Los "tiránicamente", los "liberticida", los "anticonstitucional", los "revolucionarios", le hacían enarcar el entrecejo. Cuando leyó la frase "Cuando suene la hora, caera el culpable", dió unos golpecitos sobre los papeles, diciendo:

—Es muy grave, muy grave.

Entregó el paquete a uno de sus agentes, y se fué. Clara, que no se había presentado aún, abrió la puerta, viendo bajar a aquellos hombres. Después fué a la habitación de su hermana, en la

que no había entrado desde hacía un año. Mademoiselle Saget parecía muy amiga de la Normanda; se enternecía a su lado, cogía los extremos del chal para tajarla mejor, y recibía con muecas compasivas las primeras confesiones de su cólera.

—Eres muy cobarde—dijo Clara plantándose delante de su hermana.

Esta se levantó, terrible, dejando caer el chal.

—¡Estabas espionando!—gritó.—¡Repite lo que acabas de decir!

—Eres muy cobarde—repitió la joven con voz más insultante.

Entonces la Normanda, con toda su alma, dió un bofetón a Clara, que palideció horriblemente y saltó sobre ella, hundiéndole las uñas en el cuello. Lucharon un instante, arrancándose el cabello, tratando de extrangularse. La menor, con fuerza sobrehumana, a pesar de lo débil que parecía, empujó tan violentamente a la mayor, que ambas fueron a caer sobre el armario, cuya luna quedó rajada. Muche sollozaba, y la vieja Méhudin gritaba a mademoiselle Saget que la ayudase a separarlas. Pero Clara se desasíó, diciendo:

—¡Cobarde, cobarde!... Voy a ir a avisarle a ese desgraciado, a quien tú has vendido.

Su madre se puso delante de la puerta. La Normanda se arrojó sobre ella por la espalda. Y, con ayuda de mademoiselle Saget, entre las tres la llevaron a su cuarto, en donde la encerraron con doble llave, a pesar de su enloquecida resistencia Clara daba puntapiés a la puerta, rompía todo lo que tenía en su habitación. Después, no se oyó más que un rascar furioso, un ruido de hierro que arañaba la cal de la pared. Clara estaba desprendiendo los goznes con la punta de las tijeras

—Me habría matado, de tener un cuchillo a mano—dijo la Normanda buscando sus ropas para vestirse.—Ya verán ustedes cómo los celos la llevarán a dar algún golpe... Sobre todo, que no le abran la puerta. Sería capaz de amotinar a todo el barrio contra nosotras.

Mademoiselle Saget se había apresurado a bajar. Llegó a la esquina de la calle Pirouette precisamente en el momento en que el comisario entraba de nuevo en el portal de los Quénu-Grabelle. Comprendió la vieja, y entró en la salchichería con ojos tan brillantes, que Lisa la recomendó silencio con un gesto, señalándole a Quénu, que estaba colgando unas tiras de tocino salado. Cuando el marido hubo vuelto a la cocina, contó la vieja a media voz el drama que acababa de ocurrir en casa de las Méhudin. La salchichera, inclinada por encima del mostrador, con la mano en la fuente de ternera picada, escuchaba con el rostro de una mujer que triunfa. Después, al pedirle una parroquiana dos pies de cerdo, Lisa los envolvió con aire pensativo.

—En cuanto a mí, no odio a la Normanda—dijo por fin a mademoiselle Saget cuando estuvieron de nuevo solas.—Yo la quería mucho, y he sentido que nos hayan hecho pelearnos... Mire usted, la prueba de que yo no soy mala, es que he salvado esto de las manos de la policía, y que estoy dispuesta a devolvérselo, si viene ella misma a pedírmelo.

Y sacó del bolsillo el retrato de la pescadera. Mademoiselle Saget lo olió, y se rió perversamente al leer: "Luisa a su buen amigo Florencio". Después, con su voz aguda:

—Quizá hace usted mal. Tendría usted que guardarlo y conservarlo.

—No, no—interrumpió Lisa.—Quiero que acaben todos estos belenes. Hoy es el día de la

reconciliación. Ya basta, el barrio debe recobrar su tranquilidad.

—Bueno, pues; ¿quiere usted que vaya yo a decir a la Normanda que usted la espera?—preguntó la vieja.

—Sí; se lo agradeceré a usted.

Mademoiselle Saget volvió a la calle Pirouette, y asustó muchísimo a la pescadera diciéndole que acababa de ver su retrato en el bolsillo de Lisa. Pero no pudo decidirla al punto a dar el paso que su rival exigía. La Normanda puso sus condiciones; iría, pero la salchichera tendría que adelantarse para recibirla hasta el dintel de la tienda. La vieja tuvo que hacer dos viajes más, de la una a la otra, para establecer debidamente los detalles de la entrevista. Finalmente, tuvo la satisfacción de negociar aquella reconciliación que iba a armar tanto ruido. Al pasar por última vez por delante de la puerta de Clara, oyó una vez más el ruido de las tijeras arañando la cal.

Después, una vez que hubo dado a la salchichera una respuesta definitiva, la solterona se apresuró a ir en busca de madame Lecœur y de la Sarriette. Las tres se plantaron en la esquina del pabellón del pescado, sobre la acera, en frente de la salchichería. Desde allí no podían perder nada de la entrevista. Se impacientaban, fingiendo hablar entre ellas, y mirando hacia la calle Pirouette, por donde había de salir la Normanda. Por los Mercados corría ya el rumor de reconciliación; las vendedoras, en pie en sus puestos, se empinaban, procuraban ver; otras más curiosas, dejaron sus puestos y fueron hasta plantarse bajo la calle cubierta. Todos los ojos de los Mercados se convertían hacia la salchichería. El barrio estaba lleno de expectación.

Fué un momento solemne. Cuando la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FALFONSO REYES
Año 2025 MONTERREY, N.L.

manda desembocó por la calle Pirouette, todas las respiraciones quedaron entrecortadas.

—Lleva sus brillantes—dijo a media voz la Sarriette.

—Vean ustedes cómo anda—añadió madame Lecœur.—Es demasiado descarada.

La verdad era que la Normanda andaba como una reina que se digna aceptar la paz. Se había vestido cuidadosamente, peinándose con el pelo rizado, y levantando una punta de su delantal para exhibir su vestido de cachemira; estrenaba además una corbata de encajes de gran riqueza. Como comprendiera que todos los Mercados la contemplaban, se engalló más aún al acercarse a la salchichería. Detúvose delante de la puerta.

—Ahora le toca a la bella Lisa—dijo mademoiselle Saget.—Miren ustedes bien.

La bella Lisa abandonó su mostrador sonriente. Atravesó la tienda sin apresurarse, y fué a tender la mano a la Normanda. También ella estaba muy aderezada, con su deslumbrador delantal, su gran aspecto de limpieza. Corrió un murmullo por la pescadería; sobre la acera, todas las cabezas se acercaron, hablando vivamente. Las dos mujeres estaban en la tienda, y los redaños del escaparate impedía que se las viese bien. Parecían hablar afectuosamente, dirigiéndose pequeños saludos, y sin duda prodigándose cumplidos.

—¡Toma!—dijo mademoiselle Saget.—La bella Normanda compra alguna cosa. ¿Qué es lo que compra? Un chorizo, me parece... Ah, bueno. ¿No han visto ustedes? La bella Lisa acaba de ponerle en las manos la fotografía al darle el chorizo.

Después, hubo nuevos saludos. La bella Lisa, yendo más allá de las amabilidades establecidas por anticipado, quiso acompañar a la Normanda

hasta la acera. Allí se pusieron juntas, y se exhibieron al barrio como buenas amigas. Fué una verdadera alegría para los Mercados; las vendedoras volvieron a sus puestos, declarando que todo había ido divinamente.

Pero mademoiselle Saget retuvo a madame Lecœur y a la Sarriette. El drama no había hecho más que empezar a desarrollarse. Las tres se comían con los ojos la casa de enfrente, con una esperanza de curiosidad que intentaba ver al través de las piedras. Para esperar con paciencia, volvieron a hablar de la bella Normanda.

—Ya la tenemos sin hombre—dijo madame Lecœur.

—Tiene al señor Lebigre—dijo la Sarriette, que se echó a reír.

—¡Oh! El señor Lebigre ya no la querrá.

Mademoiselle Saget se encogió de hombros, diciendo a media voz:

—No le conocen ustedes bien. ¡No se burla poco de todo esto! Es un hombre que sabe dónde le aprieta el zapato, y la Normanda es rica. Dentro de dos meses vivirán juntos. Ya lo verán ustedes... Hace mucho tiempo que la tía Méhudin viene trabajando ese matrimonio.

—No importa—contestó la vendedora de quesos.—El comisario no ha dejado de encontrarla acostada con ese Florencio.

—No, no; yo no he dicho eso... El larguirucho acababa de marcharse. Yo estaba allí cuando miraron la cama. El comisario la palpó. Había dos sitios aún calientes.

La vieja se detuvo para tomar aliento, y después, con acento de indignación:

—¡Ah! Miren ustedes, lo que más daño me ha hecho es el oír todos los horrores que ese bandido enseñaba al niño Muche... No, no podrían ustedes imaginárselos... Había un paquete enorme,

—¿Qué horrores?—preguntó la Sarriette engolosinada.

—¡Qué se yo! Suciedades, porquerías.. Ha dicho el comisario que ellas bastaban para llevarle a la horca... ¡Es un monstruo ese hombre! ¡Tomarla con un niño! Muche no vale gran cosa, pero esa no es razón para meterle entre los rojos, ¿verdad?

—Claro que no—respondieron las otras dos.

—En resumen, que parece que por fin van a poner orden en ese galimatías. Ya se lo decía yo a ustedes, recuérdelo: “En casa de los Quénu hay un lío que no huele nada bien”. Ya ven ustedes si tengo yo buen olfato... A Dios gracias, el barrio va a poder respirar un poco. Era preciso un buen escobazo; porque les aseguro a ustedes que acababa una por temer que la asesinaran en pleno día... No se podía vivir. Continuamente chismes, riñas... Y todo por un hombre solo, por ese Florencio... Ya tenemos reconciliadas a la bella Lisa y a la bella Normanda; eso está muy bien; se lo debían a la tranquilidad de todos. Ahora, todo lo demás saldrá bien, ya lo verán ustedes... ¡Toma! Allá tienen ustedes riéndose a ese pobre señor Quénu...

Quénu, en efecto, estaba de nuevo sobre la acera, reventando en su delantal y bromeando con la criadita de madame Taboureau. Aquella mañana estaba hecho un picarón. Apretaba las manos de la criadita, le destrozaba los puños hasta hacerla chillar, con su buen humor de salchichero. A Lisa le costaba un trabajo indecible el mandar de nuevo a la cocina. Paseaba impaciente por la tienda, temiendo que Florencio llegase, y llamando a su marido para evitar un encuentro.

—Se está requemando la sangre—dijo mademoiselle Saget.— Ese pobre señor Quénu nada

sabe. Se ríe como un inocentón... ¿Saben ustedes que madame Taboureau decía que reñiría con los Quénu, si seguían teniendo a Florencio en su casa?

—Pero entretanto, se guardan la herencia—hizo observar madame Lecœur.

—¡Oh, no, amiga mía! El otro se ha llevado su parte.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe usted?

—¡Caramba! Bien se ve—repuso la vieja, después de corta vacilación, y sin dar otra prueba.

—Ha tomado más que su parte. Los Quénu pierden miles de francos... Hay que ver que con los vicios, se gasta pronto.. ¡Ah! Quizá lo ignoran ustedes; tenía otra mujer...

—No me admira eso—interrumpió la Sarriette.— Esos flacuchos son hombres terribles.

—Sí, y ya no es nada joven la otra mujer. ¿Saben ustedes? Cuando un hombre quiere, quiere; sería capaz de recogerlas del suelo... Madame Verlaque, la mujer del antiguo inspector... Ya la conocen ustedes; aquella señora tan amarilla...

Pero las otras dos protestaron. No era posible. Madame Verlaque era abominable. Entonces mademoiselle Saget se encolerizó.

—¡Cuando yo se lo digo a ustedes!... ¿Conque yo miento, verdad?... Hay pruebas; se han encontrado cartas de esa mujer; todo un paquete de cartas, en las cuales le pedía dinero; diez y veinte francos cada vez. Está clarísimo... Entre los dos habrán hecho morir al marido...

La Sarriette y madame Lecœur quedaron convencidas. Pero perdían la paciencia. Hacía más de un cuarto de hora que esperaban en la acera. Decían que quizá entretanto les estaban robando en las tiendas. Entonces, mademoiselle Saget las entretenía con un nuevo chisme. Florencio no